

---

## Enrique Díaz Araujo (1934-2021) y la cultura argentina. Un sencillo homenaje

**Mario Luis Descotte**

Junta de Estudios Históricos de Mendoza

Universidad de Mendoza

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales

Mendoza, Argentina

mario.descotte@um.edu.ar



(...) qué cosa espléndida es la  
verdad, cuando alguien tiene el  
valor de decirla

W Goethe en referencia a las  
*Memorias* de Bourrienne  
sobre Napoleón Bonaparte

---

**Cómo citar este artículo/ How to cite this article:** Descotte, M. (2021). In memoriam: Enrique Díaz Araujo (1934-2021) y la cultura argentina. Un sencillo homenaje. *Revista de Historia Americana y Argentina*, 56 (1), pp. 341-346.

El jueves 4 de febrero de 2021, a la madrugada, se murió mi amigo Enrique Díaz Araujo, en la compañía de su mujer, María Delia, en su casa, en La Plata.

Yo presentía su muerte. Las últimas palabras que le escuché por teléfono: “Perdóneme, Mario, pero se me está muriendo mi hijo Fernando. Después hablaremos...”. Fue su último eco, su voz –inconfundible- entrecortada, resonando en mi alma para siempre. Es en este momento –la muerte de Enrique Díaz Araujo- que yo podía apelar a las mismas palabras de León Tolstoy cuando al enterarse de la muerte de Dostoievsky, en 1881, dijo a Strajov: “He comprendido que era el hombre de quien yo me sentía más cerca, el más querido, el más indispensable...Y he llorado y lo lloro aún más”.

Quiero intentar este esbozo del amigo, maestro, incitador de mi vocación, y de otros, en su otoño final, pues forma parte de lo mejor que ha dado la cultura de Mendoza al país.

Alguna vez leí (creo que en Mario Vargas Llosa) que cuando mueren ciertos hombres, arde una biblioteca. En Díaz Araujo ardió un mundo de libros que bien conocía. Pero también, se consumió una pasión por esta Argentina que conoció a fondo, desde su raíz fundante, lo que él llamó “La Argentina Latente”. Pidió ser amortajado con la bandera de Belgrano. Todo un símbolo para unos tiempos de intemperie espiritual, cultural, política. La Patria y ese dolor que lacera... pero que nutre a sus mejores hombres y mujeres.

Vi comenzar y pulir varios de sus libros, y ese tecleo de su máquina de escribir allá en Filosofía y Letras y luego en su computadora. Me leyó páginas recién salidas de su inteligencia y su alma. ¡Qué deferencia exquisita! Sólo mi padre me hizo hervir en ideas y sentimientos como el Dr. Díaz Araujo. Hoy me doy cuenta mejor. Por la palabra pensada se ve el corazón del hombre. Compartimos intereses comunes. Y lo esencial: esos diálogos eternos, enriquecedores, incitantes, que ya comienzo a extrañar... ¡Qué modo inefable de abrir la cabeza sin imponer, pero sugiriendo...¡Ah, evocar el valor del encuentro personal en tiempos de pandemia...!

Reflejó en sus libros lo mejor del alma argentina de todos los tiempos. Hay que releer su ensayo: “Aquello que se llamó la Argentina” para advertir su talante. “En mi epitafio –me dijo alguna vez- desearía que dijese:”EDA polemista...”. Es que buscó afanosamente la verdad y esto me marcó. Fue

un hombre Inquieto hasta el final... Y, además, fue un claro ejemplo de una cultura argentina, del interior, auténticamente universal por sus intereses y alcances, y profundamente nacional por sus raíces y su mirada en pos del mañana.

Escribí una semblanza sobre el Dr. Díaz Araujo en el 2005. Fue en el marco de un cálido homenaje hacia su obra y su persona en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo. Fueron pronunciadas en las Segundas Jornadas de Cultura y Cristianismo. Antes que yo hablara, Enrique había abierto el arcón de sus recuerdos, para deleitarnos una vez más. Sus palabras nos introdujeron en una vasta porción entrañable de nuestra historia intelectual y espiritual de la Argentina. Mis impresiones fueron acogidas por la Revista *Gladius*, en su número 65 del 2006: "Enrique Díaz Araujo: breve itinerario de una obra y de un hombre".

Pues bien, han pasado más de dieciséis años de aquellas jornadas. ¡Cuántos libros dio a luz y algunos en trilogías! Una fecundidad envidiable. Ejemplo de juventud del espíritu. Veamos algunos: *Ernesto Guevara de la Serna* (2008); *Irracionalismos (Glosas críticas a un libro de Sebrelí)* (2009); *Propiedad indígena. (Glosas críticas)* (2009); *Lesá Humanidad* (2012); *El Allendismo chileno* (2013), *San Martín: cuestiones Disputadas* (2014, 2 t.); *Del Laicismo del '80 a la Reforma Universitaria del '18* (2015 y 2016, 2 t.); *Internacionalismo Salvaje. Años del Cuarenta: La Argentina en la Hora norteamericana. (El sino de Chapultepec)* (2017, 2 t.); *Estudios Malvinenses* (2018). En cuatro tomos una época, pensada por años: *La guerrilla en sus libros* (2008-2017). Esclarecedor. *Ensayos Ásperos* (2018), *Ensayos Básicos* (2018), *Decimos hoy* (2019). Último retoño: *Setenta canciones del folclore cuyano* (de setiembre de 2020). Seguramente me quedan algunas más en el tintero...

Don Enrique da vasta materia para internarse en esos jóvenes de espíritu, longevos, de más de 80 años. Para pensar en la última etapa como final de la sinfonía, como quería Juan Pablo II, en su exquisita "Carta a los Ancianos" o las meditaciones profundas de Pedro Laín Entralgo en su incisiva obra *La empresa de envejecer*. Cuando lo veía al Dr. Díaz Araujo trabajar con ahínco, sin pausa, mi reflexión enfilaba a esta pregunta: ¿cómo darle sentido a la vida, desde los sesenta a los noventa, tras la jubilación?; ¿cómo llenar de contenido humano la vida y no dejarse morir?; ¿cómo vivir humanamente y cristianamente hasta el final? Unía su recuerdo al de mi padre Emilio, quien en un escrito al Ing. Francisco Gabrielli decía, casi al

pasar: “Quienes me tratan me habrán escuchado decir que el trabajo es el mejor recurso para defenderse contra la vejez.” Trabajo para los me lean dentro de cincuenta años, me dijo, alguna vez nuestro noble historiador... Es por ello que su amigo, Monseñor Jorge Lona, ante sus despojos mortales y tras unas hermosas palabras del Padre Rafael Díaz –hijo de Enrique-, nos animó a una empresa de envergadura, esto es reeditar al Dr. Enrique Díaz Araujo, filtrarlo en la cultura argentina con los medios posibles, y lo que es más decisivo, releerlo sin cesar...Ese es el mejor homenaje a un pensador y escritor de fuste como fue el Dr. Díaz Araujo.

Muchas veces, al verlo reconcentrado en su mundo rico y vasto, me venía a la cabeza esa frase aprendida hace tiempo: “el silencio es el sol que madura los frutos del pensamiento”. Vuelvo a reiterarme: me conmovía su labor incansable, en silencio, sin premios, sin agasajos, con un formidable poder de concentración, que será siempre una rareza de nuestros tiempos, más visceralmente desconcentrados, alterados, donde todo nos llama, todo nos inquieta, todo nos incita, todo nos saca de nosotros mismos, todo nos desequilibra como decía Michele Federico Sciacca, todo menos nuestra celda interior, donde maduran nuestros pensamientos.

¡Cuántas veces hablamos de Giovanni Sartori y el advenimiento del *homo videns*! Se reía de mis filminas y mis ilustraciones históricas. Yo apunto a la inteligencia de mis alumnos, me repetía. Yo le contestaba que también me dirijo al intelecto pero apoyado en las imágenes. Pero nos quedamos pensando en un texto del politólogo italiano que le leí y que decía, más o menos así: “vivimos un tiempo de una mutación genética, es decir estamos caminando del homo sapiens al homo videns...El homo sapiens comprende sin ver...el homo videns... ve sin comprender”. Me animó a introducirme en ese mundo donde el hombre pierde su capacidad de abstracción y, por lo tanto, de captar las ideas... Esto nos advierte, que estuvo atento, hasta el último suspiro, del mundo que le tocó en suerte, y por supuesto, de esa Argentina amada y pensada. E interpeló al mundo y al país hasta el final...

En todas sus obras, desde los años sesenta a nuestros días, la misma pasión inveterada por la verdad, que ya se vislumbraba en su libro de comienzos de los 70: *El GOU: una experiencia militarista en la Argentina*. Trata allí sobre la Revolución de 1943 y el prólogo a Perón... Como escribió su amigo Alberto Caturelli, en su gran *Historia de la Filosofía en la Argentina*: “Como Irazusta, Meinvielle, Castellani, Doll, Taborda, Lugones,

Joaquín V. González y tantos otros, en Díaz Araujo la pasión por su pasión por su país se hace una con la pasión por la Verdad”.

Enrique Díaz Araujo fue un exponente relevante de una generación, que me gusta llamar innovadora, que surge tras los años cincuenta y que ha dado formidables frutos, que hay que conocer y hacer conocer, a las nuevas generaciones, tal vez, huérfanas de arquetipos y modelos. ¿Me permiten algunos nombres?: Dardo Pérez Guilhou, Carlos Nallim, Enrique Zuleta Álvarez, Juan Schobinger, Alberto Falcionelli, Carlos Ignacio Massini Correas, Francisco Ruiz Sánchez, Rubén Calderón Bouchet, Arturo Andrés Roig, el Padre Juan Ramón Sepich, el Padre Aníbal Fosbery, Mariano Zamorano, Joaquín López, Ricardo Casnati, Guido Soaje Ramos, Guillermo Saraví, Abelardo Pithod, Víctor Delhez, Sergio Sergi, Lorenzo Domínguez, Daniel Ramos Correas, Enrico Tedeschi, Adolfo Ruiz Díaz, Nolberto Espinosa, Gloria Videla de Rivero, Emilia Puceiro de Zuleta Alvarez, Francisco Letizia, Denis Cardozo Biritos, Edberto Oscar Acevedo, Jorge Comadrán Ruiz, Pedro Santos Martínez, Benigno Martínez Vásquez, Diego F. Pró,...y tantos más... que interpelan la banda ancha de mi ignorancia... Sumar: Zdravko Ducmelic, Roberto Azzoni, Salvador Canals Frau, Juan Draghi Lucero, Edmundo Correas, etc. etc. Estos hombres y mujeres han nutrido mi alma con sus libros y sus obras. De varios de ellos he sido alumno en la Universidad de Mendoza y en Filosofía y Letras. Y de casi todos: lector voraz... En Enrique Díaz hago el homenaje a todos...

Lo que más me impresionó siempre es lo que yo llamaría la coherencia interna en el Dr. Díaz Araujo, su fidelidad a sí mismo. Está presente en todos sus libros. Siempre dejó la impresión cierta de no dejarse nada, no guardarse nada para sí, en un formidable intento de de-velar su pensamiento íntimo labrado con rigor lógico apuntando a lo esencial, en una época, como dice Guitton, que se olvida lo esencial. Ray Bradbury le hace decir a uno de los protagonistas de *Fahrenheit 451* que siempre detrás de cada libro hay un hombre...Pues bien siempre detrás de cada libro suyo está Díaz Araujo entero, íntegro, sin dobleces o “eufemismos”. Es de la clase de escritores que se sabe lo que piensa y se polemiza con él desde el primer instante. Sus obras han sido siempre para mí, una invitación a pensar. Por otra parte, perteneció por derecho propio, labrado día a día, a esa “Argentina invisible” que acuñara Eduardo Mallea, el gran novelista a quien escuchó, en silencio, en conversación animosa con su amigo y maestro Julio Irazusta como me evocó más de una vez. ”¿Qué podía hacer

yo, sino simplemente escuchar?”, me decía con una sonrisa amplia, imborrable... Pasión argentina sobre todo.

Cuando yo llevaba en mi alma lo que sería mi libro sobre la disolución de la URSS y la evaporación del marxismo leninismo en tiempos de Gorbachov, que luego publicó la Universidad de Mendoza, cómo no he de recordar esos diálogos, que me mostraban otros horizontes, otras formas de ver un problema histórico, religioso, ideológico, humano, advirtiendo las riquezas de matices que solo la cultura humana integral puede aportar, y es la que tenía Enrique. Me ayudó a ver desde otros miradores, me sugirió nuevas sendas para atisbar más lejos. Y, por último, me entusiasmó con un trabajo —escribir un libro— en el cual, en el fondo siempre está el hombre, solo, frente a sí mismo. Pero, ¿es posible medir o pagar el entusiasmo, la proverbial generosidad de su tiempo y de su saber, que el viejo maestro daba a su nuevo amigo? Es una deuda imposible de cancelar. Y es la raíz más profunda de este mi sencillo homenaje a Don Enrique Díaz Araujo.

